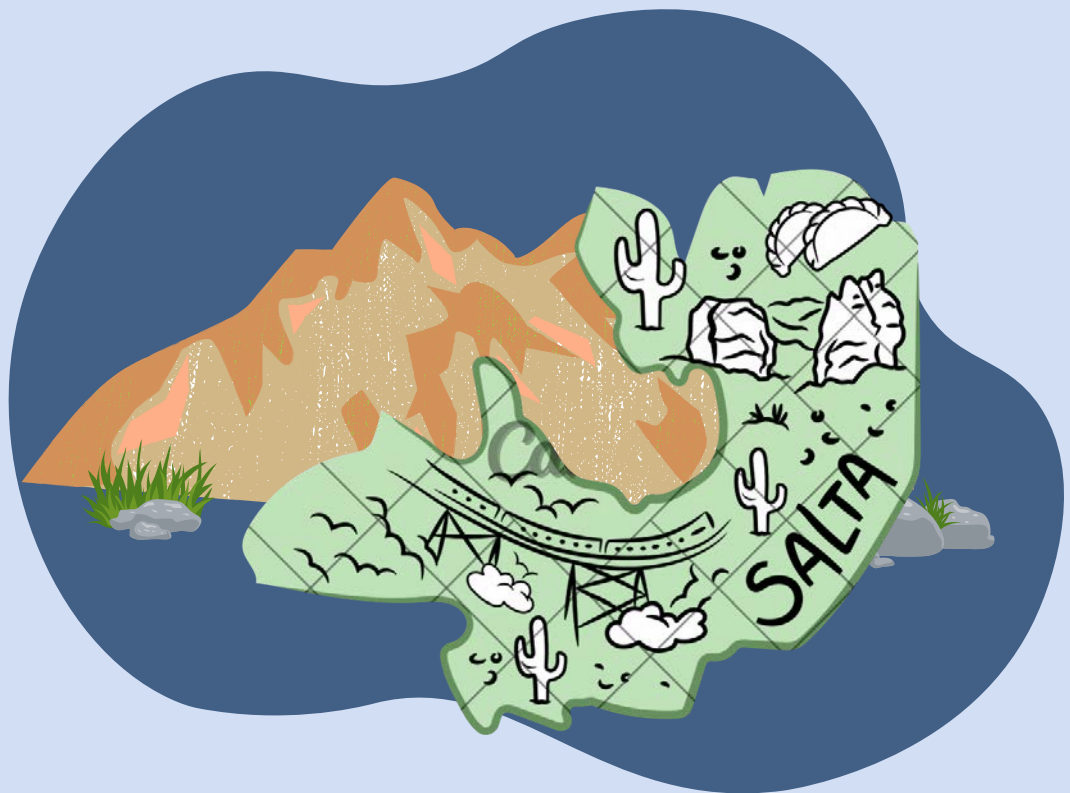


Antología de autores salteños

Nivel Secundario



Voces que andan : antología de autores salteños, nivel superior / Luciana Lucero ... [et al.] ; Compilación de Luciana Arriaga ... [et al.]. - 1a ed. compendiada. - Salta : Ministerio de Educación y Cultura de Salta, 2026.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-3674-38-9

1. Cuentos. 2. Poesía. I. Lucero, Luciana II. Arriaga, Luciana, comp.

CDD 800

Dr. Gustavo Sáenz
Gobernador de la Provincia de Salta

Dr. Antonio Marocco
Vicegobernador de la Provincia de Salta

Dra. Cristina Fiore
Ministra de Educación y Cultura

Lic. Diego Ashur Mas
Secretario de Cultura

Da. María José Fascio
Coordinadora General de Secretaría de Cultura

Mg. Roxana Celeste Dib
Coordinadora de Bibliotecas y Archivo

Viviana Cristina Ceballos
Directora
Biblioteca Provincial Dr. Victorino de la Plaza

Mg. Julio Corimayo
Coordinador Subsecretaría de Planeamiento Educativo y Desarrollo Profesional

Prof. Mauricio Coudert
Coordinador de Plan Provincial de Lectura Salta

Índice

PALABRAS BIBLIOTECA PROVINCIAL.....5

PALABRAS DE SADE.....6

PALABRAS PLAN PROVINCIAL DE LECTURA.....7

SELECCIÓN DE TEXTOS LITERARIOS.....8

“Huellita” de Rodrigo Acosta.....9

“La señora de Noé” de Clara Pérez.....10

“Sigo siendo” de María del Pilar López Amorelli.....12

“II y III” de Mercedes Risso.....13

“Manifiesto” de Victoria Garino.....14

“El influencer” de Eduardo Medina.....15

“Sobre la libertad” de Victoria Garino.....18

“Cuando salía el sol” de Alejandra Burzarc Saéns.....19

“Poemas” de Ángel Martínez Haza.....20

“El día que la palabra llegó antes” de Jorge Antonio Tisera.....22

“Leche y sangre” de Monica Ovejero.....24

“Un reporte tardío” de Luz Cánepa.....27

“Cartas para Lupe” de Luciana Lucero.....30

“Entrenadores de la suerte” de Ricardo Daniel Piña.....31

Palabras Biblioteca Provincial

Ciclo **“Voces que Andan - Encuentros íntimos entre escritores salteños y la comunidad educativa”**, co-organizado con SADE.

El camino de la vida se puede transitar de muchas maneras: por inercia, por el sólo acto de estar, comer, respirar, seguir. También se puede transitar el existir de un modo que nos vuelve más humanos: creando, comunicando, explorando y socializando.

A través del ciclo “Voces que andan” se busca desandar el camino trazado por diferentes autores salteños contemporáneos para descubrirlo, o redescubrirlo, en el aula, y transitarlo junto a estudiantes de todo el territorio provincial, para explorar estas voces diversas y plurales, que nacen de la pluma de nuestros escritores para recorrer luego el papel, la geografía y llegar a los ojos asombrados de nuevos y numerosos lectores.

La palabra es una de las experiencias que caracteriza a la especie humana, que genera no sólo la posibilidad de comunicar, de transmitir emociones, vivencias, memorias, sino que permite también construir mundos y sentidos nuevos. Transformar en textos esas ideas que rondan nuestros universos personales, permite compartir y extender su energía a otros seres, a quienes atravesará de maneras insospechadas.

En un mundo global, donde abunda la información, pero faltan los encuentros y el afecto, buscamos tender redes afectivas que permitan conocer en profundidad a los autores y sus obras y conectar también con el territorio y quienes aportan a la producción cultural.

Este proyecto surge de una iniciativa de la Biblioteca Provincial Dr. Victorino de la Plaza, y se trabaja en una acción conjunta con Plan Provincial de Lectura y Sociedad Argentina de Escritores (SADE) Filial Salta.

Al recorrer estas páginas encontrarán las voces y miradas de autores salteños que decidieron acompañar esta iniciativa, que valoran el encuentro con el estudiantado y que ofrecen su aporte generoso para seguir construyendo y trascendiendo.

Palabras de SADE

Uno de los propósitos más importantes de la Sociedad Argentina de Escritores filial Salta, es dar a conocer y reivindicar las producciones de sus miembros. En la actualidad cuenta con más de cien escritores, cada uno con su universo, su compromiso, su trayectoria y representatividad dentro del contexto donde habita. Es a través de sus textos que podemos vivenciar no solo una época, sino también las tendencias actuales que convocan e inquietan su sensibilidad.

“Un escritor debe ser cronista de su tierra” y los textos mostrar compromiso con la sociedad y la palabra. La literatura de Salta tiene fuerte raigambre en el terruño, en la pertenencia que enorgullece, en las leyendas, en el sincretismo cultural y en la historia. Tópicos que a veces chocan contra una especie de “movimiento implícito” y centralista, que intenta direccionar, clasificar y encasillar las obras, imponiendo un vanguardismo que nos llega de afuera. Cuestiones para nada nuevas que se repiten como un círculo vicioso a lo largo del trayecto histórico-social.

Y olvidamos la fastuosidad misteriosa y verde del Chaco Gualamba, la soledad legendaria y sabia de la puna, los valles calchaquíes con sus cerros colorados y ocre, poblados de historias y bagualas. Todas diferentes y unidas por la geografía y pertenencia provincial. Todo esto es literatura salteña; una extensión poética interminable en matices y preocupaciones, en conceptos y cosmovisiones.

La literatura de Salta hoy es puesta de manifiesto a corazón abierto para que estudiantes de diferentes niveles abreen de sus autores en plena actividad creativa, los reconozcan y se reconozcan en los textos. Por eso, desde SADE Salta, celebramos el Proyecto Voces que Andan, elaborado por el Plan Provincial de Lectura, la Biblioteca Provincial Dr. Victorino de la Plaza y esta institución, y que tiene como objetivo visibilizar la literatura actual, interactuar con sus hacedores y mostrar un panorama actualizado de la importante producción local.

La idea de federalizar nuestras letras en un proyecto, y que este llegue a las instituciones educativas, es un paso gigante en su desarrollo y proyección. En esta antología encontraremos voces de todas las regiones de nuestra provincia, podremos comparar sus colores, sus paisajes, sus realidades y sus preocupaciones. El interior salteño dejará de ser una literatura “pintoresca” basada en coplas y descripciones, para transformarse en una poderosa voz que llega para quedarse.

La Antología del Proyecto Voces que Andan es sin duda un paso adelante en la cultura provincial, y los estudiantes que reciban estas páginas podrán deleitarse con textos que evoquen su propia región y sentirse representados por ella en su lectura y estudio.



Eduardo Medina
Presidente
SADE Salta

Presentación

La escuela es siempre un buen lugar para decir presente, ahí en cada escuela, cada día, miles de estudiantes levantan la mano para indicar y reivindicar su presencia, su nombre, su apellido y su pertenencia. Lejos de las pretensiones burocráticas en las que caemos fácilmente, decir presente, es decir aquí estoy, o más aún, es poner cuerpo, cara y voz al acto educativo social y colaborativo. En otras palabras, decir presente, es afirmar nuestra existencia y nuestra pertenencia.

Entonces que mayor honor para el Plan Provincial de Lectura que decir Presente en cada aula, esta vez acompañando a escritoras y escritores salteños quienes reclaman la necesidad de decir también estamos presentes.

“Voces que andan”, como hemos denominado a esta acción, que consiste en poner en valor, en cuerpo y voz las producciones literarias de nuestra provincia. Es preciso mencionar que, la puesta en marcha de estas acciones, vienen de la mano del trabajo conjunto de la Biblioteca Provincial, SADE (Sociedad Argentina de Autores) y el Plan Provincial de Lectura. Proyecto que va más allá de propiciar el encuentro *“Cara a cara”* entre los autores y los lectores sino más bien poner voz a voz a los autores, los textos y los lectores, tanto estudiantes como docentes.

Quienes andan entre libros sabrán que ningún texto está completo si no le falta algo, es decir, todo cuento, todo poema, necesita de una ausencia y de su búsqueda. También, quienes andan entre libros, sabrán que es posible encontrar eso que falta entre los lectores y lectoras que se sumergen en las páginas y son estos mismos lectores, lo que no puede faltar. Y es que la literatura necesita siempre del otro para existir y todo el mérito de la existencia literaria es pura y exclusiva de los lectores, como si fuera una conspiración.

Lectores salteños para escritores salteños. Lectores y escritores que se encuentran en esta parte del mundo, a mitad de camino entre el silencio y el grito, entre cerros y selvas, entre guitarras, entre palabra y palabra.

Quizás elegimos ubicar a Salta dentro de esos parámetros porque entendimos que la región es más que una ubicación geográfica si no que es, como dice Zulma Palermo, *un espacio cultural dinámico unido por una memoria colectiva*.

Voces que andan pretende ser más que una oportunidad para conocer lo que ya es nuestro, es más bien, una oportunidad para discutir, analizar y debatir. Una posibilidad de habilitar voces de lectores y lectoras, la posibilidad de discutir sentidos, de mirarnos desde diferentes textualidades, la maravillosa posibilidad de construirnos en la polifonía de lo literario.

Decimos presente,

Para permanecer,

Para quedarnos,

Para entendernos,

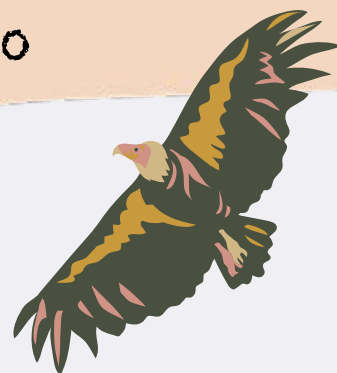
Para abrazar la palabra,

Nacida en esta tierra.

Plan Provincial de Lectura.



Selección de Textos Literarios
Nivel secundario



Fue el saludo más exacto, casi una pieza de relojería en medio de la desidia del pueblo: “Buen día, don. Por diez pesos le barro la vereda”. Me encontré de pronto frente a una sonrisa de dientes náufragos, desparramados, y unos ojos cafés que parecían haber visto todo antes de tiempo. Su estatura no desafiaba a la mesa del comedor, y su remera, que alguna vez insistió en ser blanca, era ahora un mapa de tierras lejanas. Había en él una mezcla de picardía y desamparo, esa forma de estar en el mundo que tienen los que no poseen nada más que su propia sombra. “Jairo Vera”, me dijo antes de sellar el pacto, “pero me dicen Huellita; el nombre es solo para los documentos”.

Contraté de inmediato a ese primer habitante de Apolinario Saravia que se atrevía a romper mi soledad de recién llegado. Jairo era el menor de seis hermanos paraguayos, habitantes de esa frontera imprecisa donde la vía del tren decide que el pueblo se termina para que empiece la nada. Una familia habituada a esa forma del trabajo que no es ambición, sino pura supervivencia, donde hasta los más pequeños aprenden que el hambre se combate con las manos sucias.

Se volvió un rito, una coreografía de todas las mañanas. Yo abría la despensa, preparaba los mates y leía el diario mientras Huellita, con una precisión de entomólogo, barría las baldosas resquebrajadas color ocre. Barría las de los cuatro negocios vecinos, pero saltaba con un dibujo invisible la vereda de doña Marcia, que lo ignoraba con una prolijidad casi religiosa. A pesar de nuestra amistad de mate y silencio, el origen de su apodo permanecía bajo una campana de vidrio. Jairo callaba, y en ese silencio había algo que me obligaba a preguntar.

Un mediodía de calor sólido, de esos en que los autos hierven como pavas olvidadas al fuego, lo esperé con una emboscada de afecto. Lo senté frente a un vaso de leche y un plato de galletas. “Tengo un regalo, Jairo”. Él me miró con esa desconfianza animal, arisca, que no sabe qué hacer con la gratuidad. Le entregué la caja: un par de zapatillas nuevas, azules, con cordones que parecían venas blancas. Cerramos el trato con la seriedad de dos ministros: cinco días de veredas limpias a cambio de los zapatos.

Fue entonces cuando la realidad decidió mostrarme su envés, ese lado de la costura que nadie quiere ver. Jairo me contó, con la naturalidad de quien describe el clima, que en la escuela lo llamaban Huellita porque siempre dejaba el rastro húmedo de su piel sobre el piso frío de las aulas. No era un juego de niños, era un cálculo errado del sacrificio: compartía el único par de zapatos con dos de sus hermanos. Los días que a él le tocaba ir descalzo, sus pies dibujaban en el polvo de la escuela la marca de una carencia que ningún pincel podrá borrar. Me quedé mirándolo, mientras él se probaba las zapatillas nuevas, dándome cuenta de que su apodo no era un nombre, sino la cicatriz de todo un pueblo.

En Máscaras - Cachivaches (y otras antologías) (2026) de Rodrigo Acosta.

Sí, señores. Ésa soy yo, la mujer de Noé. ¿Cuál Noé?... Ése Noé, el más famoso, el que todos conocen, del cual se ha escrito la historia en el libro más leído de todos los tiempos.

Noé, el patriarca. Noé, el personaje legendario de la Biblia. Noé, mi marido. Pero no es de él de quien vengo a hablarles hoy, sino de mí. Yo, su mujer, de la cual ni siquiera se ha escrito el nombre en el Libro Sagrado. Nunca a nadie le interesó cómo me llamo, y aunque ahora podría decírselos, no lo voy a hacer; porque si durante siglos y siglos fue irrelevante, seguramente hoy también lo será.

No es que esté enojada, no. Tampoco me desagrada por completo mi condición de mujer. Es sólo que me siento un poco molesta por el anonimato al que fui condenada, por quienes se encargaron de contar nuestra historia.

Eva no corrió con la misma suerte, ¡claro que no! Pero es que, en su caso, había que encontrar un chivo expiatorio para justificar la desobediencia de su marido... ¿O acaso, ustedes también se creyeron el cuentito de que Eva lo tentó para que probara la dichosa fruta? ¿No será más bien que él ya le tenía ganas, y ella, curiosa como todas, colaboró para satisfacer los deseos de ambos?... A mí esta versión me parece mucho más creíble y menos infantil que la oficial.

Pero, claro, una vez más había que cargar la culpa sobre unos delicados hombros femeninos.

Como les decía, no estoy disconforme con el hecho de pertenecer al género femenino; siempre me pareció bien la decisión de Él, que nos hizo hombre y mujer, “macho y hembra nos creó”. Él nos repartió las cargas de manera justa, pero fueron los hombres quienes lo arruinaron todo después.

Miren si no, quién fue el primer homicida de la historia: Caín. Seguramente, no fue eso lo que le enseñó su mamá Eva. Habrá copiado algunas actitudes indeseables de Adán, y ya sabemos todos cuál fue el lamentable resultado.

Volviendo a lo mío, quizás les parezco un poquito agresiva en mis dichos, pero sólo es vehemencia, se los aseguro. Sí es verdad que soy un poco feminista, y en eso me transformé lentamente, ocurriendo con el paso de los años y de mi larga vida.

En mi juventud, jamás se me hubiera permitido hablar de estas cosas y, a decir verdad, Noé hubiera encontrado rápidamente la manera de callar mis ideas. Claro, en ese entonces las mujeres sólo nos limitábamos a parir hijos (cuantos más, mejor), a las duras labores de la casa y el campo, y a seguir mudas a nuestros maridos hasta donde ellos decidieran llevarnos.

¿Pensar? No, ¡por supuesto que no! ¿Para qué?

Todavía recuerdo como si fuera ayer, el día en que Noé apareció con su locura, porque eso pensé en el primer momento, al igual que todos los demás. Si debo ser sincera y hablarles con la verdad absoluta, sí es cierto que Noé era un hombre justo, piadoso y todo lo demás que ustedes ya han escuchado, pero también era ¡tan terco!

Cuando me contó que había hablado con Él, comencé de inmediato a pensar en la forma de sobrellevar esta nueva enfermedad de mi marido.

Hablé seriamente con Sem, Cam y Jafet, mis también tercos hijos, y les conté lo que había pasado. Ellos, al igual que yo, se preocuparon muchísimo y se acercaron para hablar con su padre. Él les contó lo mismo que a mí, tras lo cual nos reunimos nuevamente para decidir lo que haríamos con él.

Esta nueva locura iba a ser imposible de soportar para nosotros, ya como estábamos, acostumbrados a las chanzas y a las risitas mal disimuladas cuando le obedecíamos en todo a Noé.

Pues bien, siempre me pregunté por qué Él no habló también conmigo desde el principio; ¡me hubiera ahorrado tantos dolores de cabeza!

En fin, hay que remitirse a los hechos, y el hecho principal es que, finalmente, Noé valiéndose de su terquedad, y de una vara particularmente fuerte que, sabíamos, era perfectamente capaz de usar, logró convencernos de que debíamos obedecerle una vez más.

Ni les cuento lo que fue esa etapa de mi vida. La construcción del arca me pareció eterna, y más aún cuando el populacho se paraba enfrente riendo y empujándose, y a veces también gritándonos.

¿Quién debía ir a la fuente en busca de agua en esas ocasiones, envuelta en un velo espeso para aislarse de las miradas burlonas y las bromas pesadas? Pues ¡yo!, la mujer de la casa.

¿Quién tuvo que hacer la lista de todas las especies animales habidas y por haber, sin olvidar ninguna, a riesgo de caer en desgracia con Él? Yo, obviamente.

¿Quién corrió a convencer a los padres de mis nueras, cuando comenzó a llover incesantemente, y las arrancó de sus familias? Yo, acompañada por mis inmaduros hijos.

¿Quién ordenó el embarque, primero ellos, después ellas y al fin todas las bestias, con sus provisiones correspondientes? Yo.

¿Quién se encargó de racionar el alimento, resolver las peleas entre hermanos y cuñadas, decidir quiénes se encargarían de eliminar el estiércol de los animales cada día, contener a Noé cuando comenzó a volverse loco, porque al cabo de los días creyó que Él lo había abandonado? Yo, yo y más yo.

¿En cuál hombro se posó la palomita con la bendita ramita de olivo, después de todas las desventuras? En el mío, desde luego.

¿Quién organizó el desembarco, eligió el lugar para el nuevo hogar, y se alegró más que nadie cuando apareció ese incomparable arco iris en el cielo? ¡Por supuesto que yo!

¿Y pretende el lector que sea tan dócil e indiferente como para no molestarme? No voy a negarlo, me molesta profundamente que mi nombre no haya sido inscripto como el de mi marido, en la historia brillante de la humanidad.

Y me da tanta risa que hoy en día, ustedes, en especial mis congéneres, festejen tanto las bodas de oro de sus matrimonios. No tienen idea, ¡ja!, porque ni siquiera están enteradas de que, de sus novecientos cincuenta años de vida, yo compartí novecientos con Noé, ¡y nunca me pareció que fuera para festejar tanto!...

En Mujerío. Relatos de almas femeninas (2017) de Clara Pérez, Ed. Dunken.



Sigo siendo

María del Pilar López Amorelli



Sigo siendo

Sigo siendo y sigo sin ser
entre la vida y el padecer
sigo muriendo y sigo sin fe
sigo el destierro
y el desconsuelo del ser.

Soy tantas cosas
y a la vez ninguna
si alguna se rehúsa ser.

Soy la confluencia
del parecer y el ser
y todos los motivos a la vez.

Dejo de lado el vivir y el coexistir
para revivir:
de esta vida,
de este ensueño,
de este celoso engaño,
de este vividor ermitaño,
de este seductor innato,
de este retratista ofuscado,
indolente, futuro alegato.

En *Efecto Fénix* (2024) de María del Pilar López Amorelli, Gold Editorial de Colombia.

II

Mi incertidumbre cobra paz
En mi encrucijada vida.
Cuando tu mirada es cierta,
Y no me doy por vencida.

Descubres perlas en ostras.
Ocultas en la ribera.
Escarbando todo el fango,
Enfrentando lo que venga.

Esculpes a fuego lento
Tallando mis esperanzas.
Atrapando del pasado
Recuerdos cocidos en pailas.

El futuro se reduce
En longitud de un segundo,

4 PEGASO

Cuando tocas con tus manos,
Mi silencio moribundo.

El eco se funde en uno.
Ya no hay voces de esperanzas,
Ya no hay tiempo, ni distancia.
El amor todo lo sacia.

Y así, el presente, es la Vida,
Que vale de ser vivida,
Con paciencia de la calma
Y con mano agradecida.

5 PEGASO

III

¡Oh!, saeta voladora,
Marinada de la prisa.
Detén tu camino incierto.
Analiza lo que eclipsa.

Ignoras tu valentía.
Sientes temor, descubrirte.
La colación afectiva
En tu vida ya no existe.

Ralentiza tu existencia.
Utiliza el punto y coma.
Eres la máxima expresión,
De un universo con normas.

En *Brisas de amor* (2023) de Mercedes Risso, Ediciones Artesanales del Duende.

Manifiesto

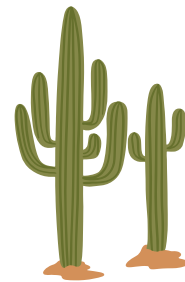
Victoria Garino

Manifiesto
Ya no quiero
ser lucha
ni resistencia
ni cansancio
ancestral
ni flor
ni bomba
ni ejemplo
ni miedo.

No quiero ser
sanadora
ni bruja
ni sobreviviente
ni guía
ni cuidadora
ni rebelde.

No quiero ya
tener que estar
siempre en pie de guerra
para marcar un límite,
para seguir viva.
No quiero más
ubicación en tiempo real
y "llegaste bien, amiga?"

Quiero colgar
el grito de furia
y ser siempre algarabía.



"Manifiesto" de Victoria Garino (Inédito)

"El explorador ingresó al cementerio por los fondos. Había sido expulsado varias veces por los serenos al ser sorprendido a deshoras "fotografiando simbologías", que según él, documentaban la evolución de los entierros durante los últimos doscientos años. Todos sus descubrimientos eran editados y subidos a las redes sociales con música siniestra que intercalaba con sugestivos silencios, agitaciones y exclamaciones. De una parte a este tiempo, el explorador se había convertido en persona no grata para los administradores del camposanto, quienes no dudaron en echarle absolutamente todas las culpas por los saqueos que venía sufriendo el lugar. Y si no fuera así, era igualmente culpable por mostrarle a todo el mundo las bondades y riquezas que cobijaban tumbas y mausoleos.

Mientras la gerencia lo acusaba y lo perseguía como un delincuente, sus seguidores en plena expansión lo amaban y trataban como a un ídolo. La tarde lluviosa y fría hizo el trabajo de espantar o desanimar a los deudos. El explorador sabía que pasada la media tarde la necrópolis estaría casi desierta. Aprovechó su certidumbre, se encaramó a la muralla y se ocultó detrás de unos ligustros aguardando el momento exacto. para llevar a cabo su cometido. Tenía un objetivo, y sabía que si lo alcanzaba, los pasos a seguir serían mucho más sencillos; pero a su vez, la expedición marcaría un hito en su carrera de influencer.

Como una sombra mezclada en el gris de la tarde, comenzó a moverse de árbol a árbol, de tumba a tumba, de mausoleo a mausoleo. Trepó, no sin inconvenientes, una reja forjada y quedó bajo la imponente estructura del edificio de la Sociedad Italiana de Ayuda Mutua. Dio varias vueltas a la construcción. La puerta estaba sellada por un gran candado que parecía no haber sido usado en años. Abrirlo sería imposible, ante la nula posibilidad de encender alguna herramienta de corte o agarrar ese artilugio a golpes de martillo y cincel.

Se acercó a la puerta y limpió el vidrio para ver su interior. Apoyó sus manos como arcos y aproximó sus ojos al vidrio. Vio un haz de luz que le abrió la posibilidad de una entrada desde arriba. Siguió con la vista el origen y pudo ver el ventiluz que estaba sobre el techo, entre la Cruz de Malta ubicada en el frontispicio y un ángel lloroso con cara al cielo. La hermosa arquitectura impedía ver ese ventiluz desde abajo, buscó guantes, linternas, una soga y ajustó la cámara a su gorra para documentar cada movimiento.

Como primer paso usó la reja de la puerta como escalera, luego se aferró a la estructura con el nombre del mausoleo, pudo pisar esas letras hechas de hierro forjado y llegar a la Cruz. Descansó oculto detrás de la misma y se las ingenió para llegar a la primera plataforma que estaba a dos metros del techo, donde se erigía la cúpula ornamentada con impresionantes vitrales. Una vez en la primera etapa, quedó unos minutos en silencio. Asomó la cabeza para ver si había gente en los pasillos y respiró aliviado. Estaba solo. Desde allí apenas se veía una lucecita que brillaba en la sala de administración. Miró su reloj, eran las diecisiete treinta minutos y parecía que la noche no tardaría en llegar.

El descubrimiento de una escalera de metal que iba desde el primer nivel del techo a la cúpula terminó de convencer al joven de estar trepando sobre una verdadera obra de arte funerario. Todo esto documentó en su video con palabras desbordadas de entusiasmo. Ajustó las herramientas y comenzó a subir los peldaños que desde abajo parecían parte de la

ornamentación barroca del mausoleo. Cada escalón estaba bien disimulado bajo la forma de arabescos que contribuían a la obra en su totalidad.

En la plataforma que daba a la cúpula estaba el ventiluz por donde se podía ingresar al misterioso mundo de la muerte que por años aguardaba intacto. Corrió el vidrio con mucha dificultad debido a la corrosión del marco, largó la soga al interior y aferró la misma a la base de un peldaño.

Pasaban las dieciocho cuando el explorador se sumergió en las penumbras del mausoleo... Apenas tocó el suelo, encendió una potente linterna. El aire insuficiente comenzó a alivianarse con el que ingresaba por el ventiluz, haciendo la respiración un poco más soportable; de igual manera ató un pañuelo a su cuello que le cubría la boca y la nariz. Más aliviado comenzó a recorrer la galería de los italianos filantrópicos. No halló lujos ni símbolos extraordinarios, solo veladas fotografías pegadas a los mármoles de los nichos. Allí estaban ellos, atravesados por bigotes y sombreros. Detrás había un oratorio con la imagen de un Sagrado Corazón de Jesús que todo lo dominaba con esos ojos de compasión. Todo quedó filmado y detallado a la perfección.

Al acercarse al santo, se sintió apenado por el hallazgo de una gran cantidad de niños que descansaban allí. Estaban dispuestos en pequeños compartimientos para las urnas. Habían muerto por la epidemia de fiebre amarilla del año 1870, y sus cuerpecitos calcinados eran custodiados por el santo. Había juguetes y fotografías de los párvulos, muchas de ellas desparramadas por el suelo. Esa imagen, lejos de asustarlo, lo estremeció al extremo de querer salir de inmediato del lugar.

Todo quedó filmado, sus palabras fueron: —No hay nada más que hacer ni recorrer, siento pena al haber visto tanto dolor, puedo sentir la tristeza de padres y madres ante la muerte de estos angelitos. —Se acercó a la soga con la intención de comenzar el camino de retorno y sintió un aire frío que envolvió todo su cuerpo. El explorador quedó perplejo y conjeturó la posibilidad de alguna sala secreta, única explicación posible, al menos por causas naturales.

Volvió sobre sus pasos y buscó alguna puerta, algún pasadizo, y por qué no, una salida menos esforzada de ese lúgubre sitio. La halló debajo de la imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Corrió un pesado divisorio de madera y vio una escalera que descendía varios metros. Las imágenes registradas en esa etapa fueron difusas, pero evidenciaban el descenso del explorador. La cámara filmó los peldaños de hierro empotrados a la húmeda pared, luego una falla en la imagen y un silencio absoluto. A oscuras se oyó una fuerte agitación y un grito desgarrador.

Una vez abajo, el explorador se sorprendió ante la presencia de fulgores en un cuarto contiguo. Se acercó despacioso y vio horrorizado una especie de asamblea de fantasmas en medio de una ceremonia. Eran siete figuras ataviadas con la parafernalia que exigiría alguna especie de rito. Hablaban italiano y parecían no verlo. El explorador los tenía de frente, pero ellos no lo veían, dirigían la mirada a una persona que estaba encima suyo, como suspendida en el aire. Sorprendido intentó huir, retrocedió y volvió a la escalera, subió lo más rápido que pudo y al querer pasar al piso superior, se encontró con los espectros de muchos niños, todos desfigurados por la peste. Del espanto se soltó de la escalera y cayó al vacío.

Al volver en sí, intentó moverse pero no pudo hacerlo. Estaba maniatado y con una venda sobre los ojos. Oía palabras y frases extrañas, una voz se sobreponía a las demás como si fuera del más importante de la asamblea. El explorador no tuvo otra alternativa que entregarse a lo desconocido, trató de comprender lo que estaba sucediendo, pero era imposible, cerró los ojos y comenzó a orar en silencio. Minutos después se encontró sin vendas, movió las manos y supo que estaba libre de cuerdas. Se encontraba encerrado en un cuarto oscuro. Intentó acostumbrar los ojos a las penumbras, tocó objetos sobre una mesa. Pudo imaginar huesos, un cráneo, fémures, sus dedos rozaron metales. Despaciosamente continuó el recorrido hasta tocar la pared, avanzó a tientas siguiendo los muros y llegó a la puerta. Buscó el picaporte y la abrió.

Lentamente, el cuarto comenzó a iluminarse con los fulgores que ingresaban de la otra cámara. El explorador avanzó lo más cuidadoso que pudo y volvió a encontrarse con los espíritus en plena ceremonia. Esta vez estaban devorando un hombre sobre la mesa. Uno de ellos detuvo su antropofagia y lo contempló desde sus ojos huecos. Al instante todos dejaron de satisfacer su apetito y se levantaron de la mesa, solo para contemplar el estado de horror que tenía el influencer. El joven no pudo evitar ver el cadáver que estaba destrozado y se reconoció allí, sobre la mesa. De inmediato tocó su cuerpo y se vio entero. Ruido, trepó las escaleras.

No lo siguieron, al contrario, la salida de ese subsuelo le resultó más o menos sencilla. Llegó a los pies del Sagrado Corazón y cerró el pesado divisorio de madera. Buscó la soga que colgaba del techo y salió del mausoleo. Ya en la cúpula, cerró el ventiluz y se encontró con una noche cerrada, fría y lloviznosa. Se puso de pie y contempló las luces de la ciudad afuera del cementerio. Sin herramienta alguna, excepto su celular, se ayudó para descender los escalones, saltar la reja y salir corriendo por los callejones. Luego, trepó la muralla y salió del cementerio. Al otro día, al revisar su red social, se sorprendió al ver la cantidad de visitas que había tenido el último video subido a su cuenta. Alguien lo había filmado la noche anterior. La grabación contaba la historia del mausoleo de los Italianos Filántropos hasta su ingreso. Luego, aterrado se vio corriendo solo, como un loco, por todo el majestuoso edificio.

"En Gótico Norteño (2026) de Eduardo Medina, Salta, Ed. Cantus Corvis

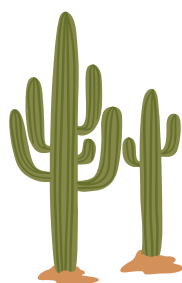
Hace un par de semanas nuestro gato se escapó de casa y se pasó ocho horas afuera, descubriendo el mundo, después de 2 años de una acomodada y segura vida en el departamento. Desde ese día, no lo podemos convencer de que se quede dentro, demanda tener la ventana abierta para ir y venir a cualquier hora, y nos despierta a las 6 de la mañana para que le demos pista. Dicen que los gatos se parecen a sus dueños, o subliman cosas de los humanos con los que viven.

Me hizo pensar mucho en el momento post pandemia, cuando había una gran avidez por hacer cosas y socializar; y también en cómo toda esa ebullición se fue calmando después. Algunos inclusive volvieron a desear el confinamiento o, aunque sea, un retiro creativo y un poco de silencio.

Hemos tenido muchas discusiones con mi pareja respecto a viajar, migrar, lo que implica sostener un hogar; inclusive sobre la necesidad de cada uno de ser libre, a su manera. Ese día que el michi se fue de parranda justamente estábamos hablando de eso y yo dije: "¡pero si yo ni gato quería tener!". Parece que me escucho, y sonó como un decreto.

Si es cierto que los gatos se parecen a sus dueños, quizá él tampoco quiera cumplir con el mandato de tener que ser el gato de la casa, "limpiar las energías del hogar" o estar para uno cuando se puede ni con la propia existencia. Quizá solamente quiera andar por los techos, cazar bichitos y dormir al sol. Por ahora, él tiene un hogar a donde volver. Lo que no sabe el michi, o tal vez sí, es que es eso lo que lo hace libre.

"Sobre la libertad" (Inédito) de Victoria Garino



Cuando salía el sol

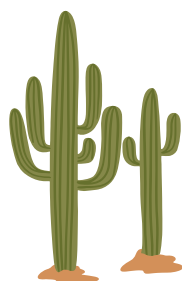
Alejandra Burzarc Saéns

El remolino se perdió en el trugal. Sandra apenas puso los ojos en él, su pensamiento estaba en otro lado. Suspendido... extraviado. La callejuela parecía extrañarse con la silueta de la joven, que se extendía a sus espaldas fantasmagórica. El sol, bola roja, ardiendo en el horizonte, marcaba la hora inescrutable. No miró atrás, su vista hacia delante y el repiqueteo de una sola palabra carcomiéndole, como pájaro carpintero la cabeza. Lo maté. Lo maté, lo maté... Lo maté.

Detrás, en la cabaña el cuerpo de Octavio no vio el amanecer, era como si toda la explosión rojiza del sol hubiera bañado su cuerpo para expiarlo de sus culpas. O si toda la sangre, que había perdido Sandra en tantos episodios de violencia se trasladaron a su cuerpo.

Ya no era enorme, temible, impiadoso. Era un pedazo de carne inmunda incapaz de volver a levantarle la mano. El cuchillo con el que Sandra lo desolló descansaba junto a él, como un justiciero verdugo. Lo maté lo maté lo maté... Las manos de Sandra, también estaban rojas, se arrodilló frente al trugal, se limpió en él y su alma que había estado hasta entonces sometida en la oscuridad, por fin podría ver la luz.

En *Gótico Norteño* (2026) de Alejandra Burzarc Saéns, Salta, Ed. Cantus Corvis



Elegía para Frodo en los montes Emyr Muil

Desde que el horror y el imposible
probaron tu carne,
elegiste las despedidas.
Ignoras a quién ha sido dado tu tiempo,
a quién honrarán por este sacrificio.
Allí donde los grandes fracasaron
tendrán los pequeños su oportunidad
frente a la muerte:
un digno final para las historias.
En mi tierra -recuerdas-
todo es verde y crece
tan limpio, tan apacible,
junto al leve sonar de los océanos.
Pero muy bien conoces
los oscuros jinetes
que merodean e interrogan
a los más viejos, en sus casas
de agujero en las colinas.

Vas entre lacayos y traidores
asumiendo la noche como guarida,
habituándote al cieno y la distancia,
a vivir con temor bajo los huesos.
Allí donde los grandes renunciaron
tendrás un sitio para el olvido.
En mi tierra -dices-
las mansas bestias corren al sol
y el humo de las pipas
dibuja criaturas en el cielo.
No puedes huir eternamente.
¿Quién guardará tu tiempo?
¿Quién abreviará en tu sacrificio?
Penosa es la carga que heredaste,
señor de muchos viajes,
infectos los demonios que te siguen;
pero atrás ya nadie queda
y el sendero se retuerce
como los cauces que bordean la Comarca
en tus desoladas canciones.

El lobo

Dijo Borges en América
con su voz de muchas nubes:
el lobo es una sombra que está sola.
En cierta lectura de medianoche
descubrí la inminencia
de un presagio aterrador:
ser un lobo, una sombra
y estar solo.
Llegado el momento de la duda fértil
recordé que nunca me he encontrado
frente a frente con un lobo,
ni con Borges,
mucho menos con una sombra
que se mueva por el bosque solitaria.
Aunque la imagen resulta familiar
y tentadora.
Cerré el libro, me dormí,
y trato de no pensar en ello desde entonces.

Vísperas

Buscábamos entonces algún artificio,
el viento desmedido y blanco
calmó nuestra sed de irrealidad.
En la calle nos quedamos sin faroles,
como podía suceder los jueves
y asistimos, ingenuos,
a la conjunción de todos los actos
en la última estación.
No recuerdo qué ingeníé
para demorar el regreso.
Si dije algo quedó prendido
en la madeja nocturna
y la humedad.
Ya no es joven el secreto,
muchas olas desfallecieron
a nuestros pies.
La plenitud se nos ofrece sin rumbos
como una pálida selva de umbrales vencidos.

En *Estancia recobrada* (2018) de Ángel Martínez Haza, Fondo Editorial.

Dicen que toda historia comienza antes de ser leída. Tal vez por eso hoy estoy acá, en este texto, esperándote. No es casualidad: alguien decidió que estas palabras viajaran antes que mi voz, como si quisieran abrir camino, como si buscaran prepararte para algo que todavía no tiene forma del todo. Y sin embargo, ya está ocurriendo. No sé tu nombre, pero sé algo de vos: estás leyendo. Y ese gesto —tan simple, tan silencioso— es una forma de valentía. Porque leer es aceptar una invitación a lo desconocido, es detener el mundo un instante para mirar más allá de lo evidente. Hay algo profundamente humano en ese acto: el deseo de comprender, de sentir, de asomarse a otras vidas sin abandonar la propia.

Yo escribí estas palabras en otro tiempo, en otro lugar. Quizás con frío, quizás con calor, quizás con una taza de café al lado o con el ruido de la calle filtrándose por la ventana. Tal vez dudando. Siempre se duda. Escribir es, en parte, preguntarse si alguien, en algún rincón del mundo, va a detenerse unos minutos a mirar lo que uno dejó en el papel. Es lanzar una botella al mar sin saber si habrá orilla. Y, sin embargo, acá estás.

Entre nosotros hay una distancia invisible: no compartimos el mismo momento, ni el mismo espacio. Pero también hay un puente: este texto. No es mío del todo, ni tuyo todavía. Es un territorio que se construye a medida que avanzás, una especie de acuerdo silencioso entre quien escribe y quien lee. Cada palabra que ves fue elegida, pero cada sentido que le das es nuevo, irrepetible.

Quizás te preguntes de qué se trata esta historia. Podría decirte que no hay una historia en el sentido tradicional, que no hay un principio, un conflicto y un final claramente marcados. Pero también podría decirte algo más importante: esta historia se trata de vos. No porque te nombre, sino porque te necesita. Sin tu mirada, este texto no existe del todo. Es apenas una posibilidad.

Hay quienes creen que los libros son objetos quietos, cerrados en sí mismos. Yo no. Creo que los libros son puertas, o espejos, o incluso mapas. A veces uno se encuentra en ellos; otras veces, se pierde. Y perderse no es necesariamente algo malo. Hay extravíos que nos enseñan más que cualquier camino recto. Tal vez, mientras lees, algo te recuerde a otra cosa: una conversación, una canción, una tarde cualquiera. Tal vez una palabra te incomode, o te guste, o te haga detenerte un segundo más de lo previsto. Es en esos pequeños desvíos donde ocurre la lectura verdadera. No en la velocidad, no en terminar rápido, sino en lo que queda resonando.

Cuando yo escribo, no pienso en respuestas definitivas. Pienso en preguntas. En esas preguntas que no siempre tienen solución, pero que nos acompañan, que nos obligan a mirar de otra manera. Tal vez la literatura no esté para explicar el mundo, sino para volverlo un poco más misterioso, más amplio, más humano. Hay algo que quizás no te dijeron: leer también es escribir. No con tinta ni con teclado, sino con la imaginación. Cada escena que imaginás, cada rostro que inventás, cada voz que escuchás en tu cabeza mientras lees, es tuya. Dos personas pueden leer el mismo texto y, sin embargo, haber recorrido caminos completamente distintos. Eso es lo que hace única a la lectura.

Por eso, no hay una forma “correcta” de leer esto. Podés hacerlo rápido o lento, con atención o con distracciones, en silencio o con ruido alrededor. Todo eso también forma parte. Lo

importante no es cómo lo hagas, sino que, por un momento, estés acá. Que te permitas ese espacio.

Tal vez dentro de unos días nos veamos en persona. Tal vez haya preguntas, comentarios, silencios. Tal vez este texto vuelva a aparecer, pero ya transformado por lo que cada uno haya encontrado en él. Porque los textos cambian. No en sus palabras, que permanecen, sino en sus significados, que se mueven con cada lectura. Y también vos cambiás. Quizás no de manera evidente, no de un día para el otro. Pero algo queda. Una idea, una imagen, una sensación difícil de nombrar. A veces, leer es como sembrar algo que tarda en crecer. No siempre vemos el resultado inmediato, pero eso no significa que no esté ocurriendo.

Si pudiera dejarte algo más que estas palabras, sería una invitación: no te conformes con lo evidente. Dudá. Preguntá. Imaginá. Permitite no entender todo. Permitite volver atrás, releer, encontrar algo nuevo donde antes no lo habías visto. La lectura no es una línea recta: es un recorrido lleno de vueltas. Y si alguna vez sentís que un texto no te dice nada, no lo descartes tan rápido. A veces no es el momento. A veces somos nosotros los que todavía no estamos listos para escuchar ciertas cosas. Y está bien. Los libros, como las personas, tienen su tiempo. Mientras tanto, este texto sigue acá. No cambia, pero tampoco es el mismo. Porque vos ya no sos exactamente quien eras antes de empezar a leerlo. Algo, aunque sea mínimo, se ha movido. Y eso, en el fondo, es lo más importante.

Porque la literatura —si es que sirve para algo— no es solo para contar historias, sino para abrir pequeñas grietas en lo cotidiano. Para recordarnos que hay más de una forma de ver, de sentir, de pensar. Para hacernos compañía, incluso cuando no lo sabemos. Así que gracias. Sí, gracias. Por detenerte. Por leer. Por cruzar este puente invisible que nos une, aunque no nos conozcamos. Tal vez eso sea, al fin y al cabo, la verdadera historia. Una que empieza ahora, en este instante preciso, y que —de algún modo— continúa en vos.

En Nefelibata. Así es nuestro mundo. TDAH (2026) de Jorge Antonio Tisera, Ed. Juana Manuela.

En una angosta celda de la antigua cárcel salteña y apenas iluminada por un rayo de luna que entraba por una ventana chiquita una joven amamantaba a su bebé mientras tarareaba una vieja canción de cuna. Los ojos de la niña se aferraban a los de su madre. Se perdían en la húmeda y oscura mirada de la mujer que lloraba mansamente. A su lado, sentada muy cerca, una linda joven con ojos muy claros susurraba palabras de consuelo mientras acariciaba a Raquel y a su niña.

La puerta se abrió y entró una celadora. Las alumbró con una linterna. Ambas se cubrieron con una mano los ojos cuando la luz tocó sus rostros. La niña ajena a lo que estaba sucediendo bebía su alimento con placer.

La oficial era una mujer madura que agradeció que las sombras ocultaran su semblante pues no se atrevía a encontrarse con las miradas inquietas de las detenidas.

Tengo que llevarme a la niña - dijo mirando a la madre quien lanzó un sollozo tenue mientras negaba con su cabeza. Raquel apretó a su hija contra su pecho como si pudiera esconderla en su seno para protegerla del dolor que adivinaba para su futuro.

—No te preocupes estará bien —trató de reconfortarla—. Se lo entregarán a tu familia. Esta noche se quedará con tu hermana y mañana estará ya en casa. No tengas miedo.

Las mujeres levantaron sus miradas arrasadas por el llanto. Ese “no tengas miedo” fue como un cuchillo atravesándoles el alma. Porque ellas sabían que la oficial conocía lo que iba a suceder. Arrancó su pecho derecho de la boca de su hija y un dolor profundo le atravesó el alma cuando esta comenzó a suspirar y a querer llorar. La besó largamente y se la tendió a la oficial del Servicio Penitenciario que la tomó y sin palabras salió de la celda.

Durante un largo tiempo un gran silencio recorrió el Penal. Ni siquiera se oían los sonidos que tenía la rutina diaria en el edificio. El silencio parecía haber tomado forma. Era casi sólido. Una débil sonrisa se dibujó en su boca que aún guardaba el sabor cálido del cuerpo de su hija. Su simiente quedaba en el mundo. Sus hijos serían el mejor homenaje que junto a Benjamín le harían a la vida. Ellos llevarían la antorcha de sus sueños de libertad e igualdad por todas partes.

La imagen de su esposo surgió con la fuerza que daba el amor intenso que los había unido desde la primera vez que sus miradas se cruzaron. Él era su otra parte, su medio de todo, hasta de esos sueños de una patria mejor y libre de la dictadura de Videla y sus secuaces. Lo imaginaba indignado por no poder cambiar lo que les estaba pasando. Lo conocía desde la secundaria y sabía del ardor con que defendía sus ideas. Nunca temía alzar la voz para reclamar ante una injusticia. Y ella se parecía mucho a él. Eran espíritus idénticos que de tanto amor se asemejaban.

Una lágrima lenta le besó la boca y el recuerdo de un largo beso de los labios de su marido la estremeció.

Todo estaba oscuro. Sentía a su lado a Georgina. Esta sollozaba despacito y apretaba fuerte su mano.

Acomodó como pudo su afligido cuerpo contra la pared. Sus pechos le dolían mucho. Necesitaban de la boca de su hija para aliviarse. De pronto, se encendieron las luces y fueron abriendo las puertas de las celdas. Georgina que había caído en un suave sopor despertó y Raquel le sonrió. Una voz masculina pronunció sus nombres. Se pusieron al lado de la puerta. Estaban acostumbradas a las requisas, casi diarias, que les hacían.

Las dos se dieron cuenta que no era lo rutinario al descubrir que quien las había nombrado era un grandote y morocho oficial del Ejército. Este pronunciaba sus nombres como si mordiera cada letra.

—Caminen—les ordenó. Aparte de ellas, otras tres mujeres siguieron al oficial. Recorrieron guiadas por él los pasillos del Penal. No se atrevían ni siquiera a mirarse. Pero todas sabían hacia dónde las llevaban.

El resto del edificio estaba oscuro y en silencio. Un terrible silencio que era peor que un gran alarido de espanto.

Llegaron hasta un patio interno y se encontraron con varios hombres y entre ellos, estaba Benjamín. Su Benjamín. Sus miradas se hallaron en la distancia y él le dibujó disimuladamente una sonrisa. Su hombre estaba muy avejentado, más flaco que la última vez que lo había visto. Sus cabellos se pegaban a su frente y en el rostro tenía la señal de algunos golpes.

El oficial dio órdenes y varios soldados los obligaron a subir detrás de un camión del ejército. Le ordenaron que se sentaran en el piso de la caja del camión, imposibilitados de hablar y tocarse, Raquel hizo todo lo posible para quedarse muy cerca de su marido. No quería emprender ese viaje hacia donde fuera en soledad. Lo necesitaba a su lado dándole fuerzas para enfrentar lo que viniera.



Raquel se desplomó sobre sus rodillas. En su rostro se mezclaban el llanto y la sangre. En el monte se había hecho silencio. Los animales eran simples testigos de la cruel tarea que los soberanos de la naturaleza, los hombres, en ese momento están realizando.

Durante horas los soldados los habían golpeado. Usando sus puños, botas y armas. Nunca se detuvieron a pensar que eran mujeres, las que caían una y otra vez bajo su fuerza.

Se habían turnado para violarlas buscando que los hombres trataran de defenderlas. Y cuando lo hacían se volvían contra ellos. Y todo se volvía un desenfreno perverso.

Benjamín que había caído muchas veces por los golpes se había puesto de pie y la miraba. Georgina permanecía hecha un ovillo sobre la tierra. Estaba desvanecida y perdía mucha sangre de su cabeza. Los otros eran un simple amasijo de carne y huesos rotos. Hacía mucho que ya no dolía nada.

Los soldados dejaron de reír ante la orden del oficial que había permanecido sentado dentro del camión fumando un cigarrillo tras otro. Con cara de aburrimiento ordenó que “acabaran de jugar” porque era hora de irse.

Les mandaron pararse uno al lado del otro. Raquel se apresuró en situarse junto a Benjamín. A Georgina la arrastraron de los cabellos desde donde estaba hasta la fila. Ya la habían quebrado. Era solo la cáscara vacía. Su alma había desertado hacía tiempo ya de su cuerpo. Por eso cuando como parte del juego la dinamitaron junto a uno de los hombres ella ya estaba

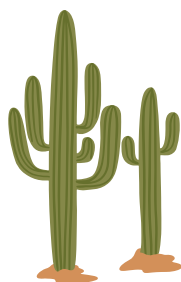
muerta desde hacía horas.

Raquel sintió sus pechos arrebatados de leche. Y la sintió derramarse sobre su cuerpo. Como bautizándola para la vida nueva. Su hija estaría reclamando con avidez su alimento.

Los soldados levantaron las armas hacia ellos. Ninguno reía. Estaban demasiados concentrados en lo que iban a hacer. Raquel tomó la mano de Benjamín y lo miró. Alguien sollozó fuerte, otro comenzó el Padre Nuestro. Ella miró a Benjamín. Él le sonrió. Y supo que en sus cuatros hijos y en cada uno de sus alumnos de la escuela donde durante mucho tiempo había concurrido a enseñar esa sonrisa plena de libertad y amor se dibujaría en el futuro.

A su cuerpo lo traspasaron más de una docena de balas. Cayó en silencio sobre el suelo áspero de Palomitas. De sus pechos destrozados por la metralla escapó la leche mezclándose con su sangre. Sus ojos se llenaron de cielo antes de que la muerte le besara la boca.

En *Bajo la luna* (2023) de Monica Ovejero, editorial ARU



EN LA REDACCIÓN DE “La Voz del Norte” se hacía evidente que evadían mis investigaciones sobre la desaparición de catorce jóvenes salteñas. Yo había llegado a esta ciudad, con calles de adoquines y arquitectura colonial, de la que me enamoré de inmediato. No sabía que aquí cambiaría mi vida para siempre. Me habían becado como periodista en la Universidad de Buenos Aires y luego de una pasantía de seis meses en Panamá, un ex profesor había hecho el contacto con el diario de Salta. Buscaban un periodista que se encargara de las noticias policiales en la provincia. En mi primer día de trabajo había sido recibido por los dueños, habíamos conversado de las expectativas que tenían. A los pocos días ya comencé a sentir un ambiente hostil entre mis colegas. Mi refugio, como el de la mayoría de los hombres salteños fue el bar de “La Rusa” Una mujer rubia, alta y maciza. Hablaba el castellano cruzado, porque ella era en realidad de origen polaco, siguiendo el amor que nunca funcionó llegó a estas tierras. Llevaba casi diez años regenteando bailarinas en el burdel ubicado en las afueras de la ciudad, la “zona roja” como se llamaba al callejón lateral a la ruta. Con el tiempo ella se convirtió en mi mejor fuente de información y lograba conseguir folios de denuncias con un solo grito al jefe de la policía. Sin embargo, ella y las bailarinas parecían haber sellado un pacto de hermetismo relacionado a las catorce jóvenes desaparecidas. También conocí a Gervasio Molina, un andaluz de quien se decía que había huido de Europa robando un baúl lleno de monedas de oro y la esposa a un duque francés, otros afirmaban que cargaba varios delitos y era buscado por las autoridades. La tragedia lo perseguía como su sombra, decía a menudo ya pasados de copas. Se lo veía a diario en las peñas alrededor de la plaza principal, siempre bien acompañado con jóvenes de la aristocracia tradicional. Los mozos se referían a Gervasio como un hedonista conocido por su personalidad de contrastes, alegre y risueño durante las noches y un ser obsesivo y desdeñoso durante el día. Amaba a la noche y a las putas. Estar casado no era un impedimento para protagonizar todo escenario sexual posible. Lo vi en el cabaret la noche siguiente a su casamiento haciendo su propio festejo con las bailarinas.

Desde su llegada a Salta, Gervasio respiró el mismo aire de complicidad que los jefes de la policía, sus amigos políticos y algunos jueces. Se había obsesionado con una dama de familia patricia, treinta y dos años menor llamada Alvina María. Su compromiso también estuvo de boca en boca por el alto precio que tuvo que pagar a su padre para que le otorgase el permiso a casarse. Una noche fui al bar de la Rusa cuando salí de la redacción. Me senté en una mesa alejada del bullicio y pedí un par de medidas de whisky nacional. Del otro lado del salón, Gervasio se reía a las carcajadas y cacheteaba las nalgas de la copera que pasaba a su lado. En la mesa lo acompañaba Don Manuel Pellegrini, un hacendado ganadero y los hermanos Robertino y Hernán de la Fuente, propietarios de varias mineras de cobre. Se habían reunido para festejar que su amigo Bernardo había sido nombrado como el nuevo juez federal. Gervasio sentía una alegría especial, una leal complicidad entre sus amigos. Había entrado en la lista de los intocables. Yo también había obtenido mis propios logros: ser una especie de bufón para ellos, les gustaba escuchar mis anécdotas viajeras y sobre todo enterarse de las noticias recién salidas de la redacción. Disfrutaban el debate socio político para lucirse ante sus pares al día siguiente.

Todos los jueves, el flamante juez invitaba a sus amigos a una partida de cartas que duraba hasta que la habilidad o la suerte abandonaban a todos los jugadores. Quizás por mi

extrovertida personalidad o mi acento rioplatense, había seducido al grupo de los intocables y al final de un año buscaban mis historias para distribuirlas entre sus colegas. Les gustaba que un don nadie como yo se burlara del doctor Bernardo. Por ejemplo, llamándolo “el juez de la etiqueta”, porque cada jueves estaba “pegado” a la botella de vino y el juzgado a su cargo abría las puertas recién los días lunes.

Fueron catorce las partidas de cartas hasta que Gervasio contrajo nupcias con la hija del estanciero. Con la carpeta que decía en marcador rojo “Caso catorce” debajo del brazo, toqué la puerta de la oficina del editor con aire decidido. Este, sin levantar la vista de su escritorio me hizo un gesto con los dedos en señal de “ahora no estoy disponible”. Me di cuenta de cuál era el juego: había sido contratado para investigar sin poder publicar. Decidí continuar mi trabajo sin la bendición del editor y fui a ver a Vicente, un amigo comisario, quien renegaba ser eficaz y moral en un ambiente como la jefatura central. La lista era muy gorda, con muchos nombres conocidos en el ambiente elitista de esta ciudad. Vicente tampoco quiso ayudarme a publicar el trabajo y busqué refugio en la señora Molina.

Con galantería y sutileza, “fui rodeando a la ternera”, como suelen decir los salteños. Hice invitaciones a eventos exclusivos, a almuerzos en el club social y a interminables tardes de té. Eso me llevó a ser invitado a su casa. Una vez adentro, fue cuestión de compartir más vino espumante de lo permitido y tener acceso a los dormitorios. Lo que denominaban el cuarto prohibido estaba al fondo de la segunda ala de la mansión ubicada en el barrio residencial del Cerrito. En él se albergaba muchos secretos, la puerta tenía doble cerradura y Alvina María sabía donde guardaba las llaves, sin embargo, ella prefería jugar a ser una buena esposa. Aprovechándome de su confianza, logré ingresar y ese fue el momento donde descubrí el rostro del demonio.

Gervasio enviaba a su mujer a visitar a su madre cada dos o tres meses. La convencía para que viajara los trescientos kilómetros al campo de la familia y la acompañara por una semana. Ella aceptaba a regañadientes, sabía lo que significaba dejar solo a su marido. Alvina María, a mitad de camino de uno de esos viajes, se acordó que debía llevarle unas lanas a su madre y le pidió al chofer que regresara a la casa. Antes pasaron a buscarme y ella misma me pidió que la acompañara.

Nos pareció extraño que la puerta que separaba el jardín de la calle estuviera entreabierta. Entramos y pasamos de largo hacia el living principal, parados a los pies de las escaleras, escuchamos murmullos que salían del segundo piso. Dudamos un instante y la curiosidad almacenada se hizo dueña de nuestros pasos.

Lo que vimos fueron serruchos, machetes, sogas y cadenas ordenados por tamaño y espesor colgados de ganchos en la pared. Del techo colgaba un trapecio y por debajo de la barra, un tacho metálico gigante. El olor a rancio que emanaba del cuarto prohibido descompuso a Alvina María, provocándole arcadas. Empujé la puerta. Entre las pesadas cortinas que cubrían las ventanas entraba un fino hilo de luz. Alvina no sabía si arrepentirse de haber regresado, mientras controlaba su respiración e intentaba relajar sus pulsaciones.

Seguramente el ritual era el mismo para todas las víctimas: el uso de sedantes para caballos facilitaba a que estuvieran casi inconscientes durante la brutal violación masiva por parte de los miembros de la fraternidad. Los azotes y latigazos con sogas de cuero vendrían después

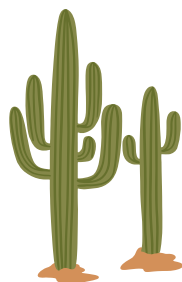
para mantenerlas despiertas provocando heridas en los muslos, espalda y en las costillas, los “maestros” entonarían cantos, oraciones y plegarias en tono de alabaos.

Alvina María volteó al escuchar el golpe seco de la puerta detrás de ella y la sombra de una silueta encapuchada fue lo último que vimos antes de que el piso se tiñera de sangre.

Cada uno de los miembros del grupo de los intocables enviaron una corona la noche de mi funeral. Mi amiga “La Rusa” llegó cuando el velatorio había terminado y dejó una botella de whisky importado sobre mi tumba. La desaparición de quince mujeres salteñas parecía ya no importar. Los dueños del periódico aprovecharon mi asesinato para iniciar una campaña de crítica hacia el gobierno exigiendo justicia por el asesinato de un “gran” periodista.

(¿1867 o 2026?)

En Amores? Que matan (2022) de Luz Cánepa, Ed. Del Altillo





Carta para Lupe

Luciana Lucero



Querida hija

Esta carta intenta ser una dulce advertencia frente a los desalentadores de sueños. Son quienes te van a decir no podés viajar sola, estudiar esa carrera, emprender una travesía, sumarte a una aventura.

Son quienes te van a advertir, tené cuidado, mirá lo que te puede pasar, no vayas a ese lugar, no te juntes con esa persona.

Son quienes te van a recordar, te va a costar llegar, no es un camino para vos, por qué no pensás en otra cosa.

Son voces con historias atravesadas por la vida, por la experiencia, por las elecciones; que en un intento por decir, advertir, recordar; restringen, acortan, niegan. Hieren con palabras que huelen a miedo, a desconfianza, a prejuicios.

A veces, también, podemos ser vos y yo, que en un intento por cuidarnos, nos cortamos mutuamente las alas.

La palabra generadora de realidad se potencia, para agobiar, acobardar, atemorizar, silenciar; pero también para crear, potenciar, avanzar.

Avanzar para descubrir, para ser uno mismo. Para llevar adelante proyectos que engrandezcan a sus hacedores e inspiren a quienes los ven.

La libertad está dentro tuyo para vivir y crear, para dejar huellas únicas e irrepetibles porque son tuyas, porque son a tu manera.

Por eso hija mía, cuando nos toque escuchar sueños de otros alentemos desde el amor para que puedan desplegar sus alas en confianza, y cuando nos toque escuchar juicios negativos sobre nuestros sueños comprendamos que muchas veces esos comentarios se fundan más en el mundo de los otros, que en el real conocimiento de nuestro propósito.

Que el respeto y la convicción de que cada cual tiene a disposición el camino de la grandeza interior sean la música de fondo cuando nos toque escuchar.

Con amor, mamá.

En *La piel que habitamos en cuarentena. Antología* (2021) de Luciana Lucero, Secretaría de Derechos Humanos del Gobierno de la Provincia de Salta.

"Vuelve a casa pequeño perro."

Algo nos dice siempre de volver
como perros.

Los ojos tristes, la cabeza caída, el pelo...

Mucho tiempo fuera de casa, deteriora.

Volver

es cotejar la suerte que creíamos tener
con los propios ojos de perro:
la primera vez hundidos en una lluvia de verano,
la primera vez corridos por una jauría de niños,
la primera mano con caricias nuevas,
los primeros desperdicios celestiales como alimento,
y el primer nocturno: la cara en la baldosa.

Nunca habíamos tenido tanta suerte
con mi banda de perros.

Yo no había sido el único.

Comenzamos a juntarnos en las calles,
despojados de nuestros nombres de mascota.

Nunca tanta suerte nueva,
y en ese volver a casa,
que nos dice siempre perros,
nos volvía esa vieja sensación de agachar el lomo
y lamer la mano que te alimenta.

Mis muchachos eran increíbles.

Ninguno contaba su historia anterior.

Éramos una masa de pelos de colores y sonidos viscerales.

Éramos entrenadores de la suerte.

La "otra puerta"
de aquellas que habían sido nuestras casas,
se llamaba: s u e r t e.

Y no nos animamos a pasar por allí,
salvo cuando nos echaron.

Y en ese momento,
nuestros colores empezaron a ser los colores de la suerte,
nuestros ojos, nuestros olores, nuestros sentimientos bestiales,
la f o r m a de la suerte.

Antes creí que la suerte tocaba o no,
a la puerta principal.

Y hoy descubro que sólo era atravesar
la puerta de servicio.

No demos explicaciones a nadie -bestias amigas-
porque nadie nos mira.
Somos el corazón de la periferia.
Somos el cementerio de los deseos de entrecasa.

¡ Cuántos de nosotros creyó no ser un perro !
Tendidos en un living en el invierno
y cerca de una estufa.
Dejábamos de ser una bestia,
para convertirnos en algo del deseo de los dueños.

Nos sentíamos como niños ocupando lugares privilegiados
y nos fuimos alejando de la bestia.
Es la misma voz que nos decía:
vuelve a casa pequeño perro.
Muerdo el sufrimiento de mirarme definitivamente
en mi grupo de solitarios en masa.
Somos esto: p e r r o s.

Perros alejados a los golpes por la puerta de servicio,
olvidados en algún paraje también olvidado,
donde nos duele: "vuelve a casa pequeño perro".

Todo lo que hemos vivido luego
de esa puerta abierta a la suerte:
los jardines que hemos roto,
las flores disueltas en nuestros revolcones,
las primera lluvias,
la mordedura del semejante,
y el amor primero que nos lleva por la noche,
primera caricia solitaria,
primera escoba que nos ahuyenta,
primera vez el campo para mi nuevo cuerpo de bestia,
primera vez que digo que no,
primera vez que no estoy solo.

¡ Nunca más volver de esta alegría terrible !
¡ Este mundo de calles solitaria me esperó lo suficiente !

Seré el perro que me dicta mi voz.
Ese otro perro con rabia y enfermo de resentimiento
huyendo de todo contacto que me pateé
al pasado que no existe.
Solamente me queda un color nuevo de tormentas
y hambre y deshechos.

Seré lo que vaya descubriendo:
Un problema, una palabra perro, un grito o lástima.
Un puente hacia el mundo de los perros.
Seré dueño de algo que vaya descubriendo.

Y hundido en una mañana
caminando por esta alegría bestial,
me diré: nunca vuelvas a casa, pequeño animal.
Nunca vuelvas al centro para ser pequeño animal.
O al menos intenta decir: n u n c a.

Un amor nuevo ladrando nunca.
Somos como países en cualquier sitio
devorando todo a su paso.
Intenta no ser esa voz de pequeño animal del regreso.
Otras voces de perros en las calles en los baldíos
en los andenes en la terrazas en los balcones
están llorando nunca.

Gritan n u n c a.

Cuántos nos miran con desprecio o con lástima
por habernos alejado para siempre.
Se apiadan de nosotros.
No saben que ladramos de alegría : n u n c a.
Les ladramos infinito ante sus puertas.
Ladramos en la basura que nos sostiene.
Lloramos nunca.
Ladramos miseria ante sus propios ojos.
Lloramos su propio llanto.
Somos nunca regresar para ser pequeño perro.

n u n c a

(Hecho en 1990.)

Dedicado a Lara Boscoscuro. A mis padres. A Claudia y Horacio. A la memoria Mario Castillo, Jimena Delfante, María Julia Vazquez e Iván Stancic. Gracias a: Paula Visuara Eduardo Licandro Miguel Angel Peralta Diego Fodera Patricia Insua
Hecho en Estudio "La Serpiente De Gas".

En *Poesía en la fisura* (1995) de Ricardo Piña, Editorial Del Dock.

Listado de autores salteños de esta propuesta



Rodrigo Acosta



Clara Pérez



Ángel Martínez Haza



Jorge Antonio Tisera



Mercedes Risso



Victoria Garino



Alejandra Burzarc Saéns



Eduardo Medina



María del Pilar López Amorelli



Ricardo Daniel Piña



Mónica Ovejero



Luz Cánepa



Luciana Lucero

Nuestras redes:
Plan de Lectura Salta



Página Web



Facebook



Instagram



Youtube



Spotify

SADE Filial Salta



Canal WhatsApp



Facebook



Canal WhatsApp
Mov. Gótico



Blogspot
Cantus Corvi

**Biblioteca Provincial
Dr. "Victorino de la Plaza"**

Secretaría
de Cultura

Página Web Cultura



Página Web



Instagram